

el sacrificio de comuniones católicas y la muerte de sus pastores. ¡ Ah, que los hechos recientes de Bed-Jala, los atentados cometidos contra la persona del patriarca latino de Jerusalen, el horrible complot fraguado para quitar la vida á los religiosos Franciscanos en medio de un tumulto que debía estallar miéntras la procesion del Santo Sepulcro, y fué descubierto providencialmente pocas horas ántes de su ejecucion (1), bien claro dicen todo esto! Pero la pluma se resiste á trazar hechos de tal naturaleza... Estas escenas repugnantes para la conciencia del hombre lo son tanto mas cuanto van dirigidas por el fanatismo, que no tolera contradiccion en las empresas que dirigen una fe extraviada, y mas que todo el interes individual. Dejemos á los infelices popes formar por sí mismos el proceso sobre el cual todo el género humano será llamado á pronunciar su fallo alguna vez; miéntras tanto nuestras lamentaciones por los Lugares santos que profanan, por los pueblos que mantienen en tinieblas, y por el nombre cristiano que cubren de ignominia delante de los infieles, no añadirán sino una mas á las mil que al cristianismo entero arranca el triste estado de las Iglesias disidentes del Oriente.

Pero lo que debe asombrarnos ciertamente es ver á los miembros del episcopado anglicano levantar su voz para unirse á un cuerpo tan monstruoso, protestar « encontrarse unidos á él por fuertes simpatías, » y reconocer en su repugnante figura la bella obra del Señor. ¡ Los que derramaban amargas inectivas contra esa dignidad augusta, contra esa marcha solemne y majestuosa de la Iglesia católica, « simpatizaban de un modo fraternal » con los que todo el mundo ve manchados por vicios repugnantes! En obsequio de la justicia diremos, sí, que los cuatro obispos que ocupan actualmente las sillas metropolitanas de la Iglesia anglicana han estado muy léjos de apoyar semejantes manifestaciones. Mas por repetidas y fraternales que fueron las cartas di-

(1) El Viérnes santo de 1849.

rigidas por aquellos personajes, asegurando á los patriarcas de las Iglesias de Oriente « su vivo deseo de estar unidos á ellos en el espíritu de Jesucristo, » ni una sola vez merecieron respuesta; al contrario, el patriarca de Antioquía, consultado por uno de sus cólegas sobre la que debería darse á los obispos anglicanos: « Ninguna, dijo, pues no nos conviene tener negocios con Ingleses. » De este modo se cortó la fraternal correspondencia, « destinada á estrechar los lazos que deben unir á los miembros de un mismo cuerpo: » no del de Cristo por cierto, pues á este nada manchado ni nada defectuoso pertenece. Aquel era un proceder lógico de parte de los obispos orientales: ya en el siglo pasado (1) habian sostenido una polémica con algunos miembros del episcopado anglicano, que á ellos y á los obispos de la Iglesia rusa provocaban para un arreglo que uniese en un cuerpo solo todas las comuniones disidentes del catolicismo; arreglo que no tuvo efecto, porque examinadas las creencias y las pretensiones de las tres que deseaban unirse, no estaban conformes entre sí; y entónces mismo los patriarcas de Constantinopla, de Antioquía y de Jerusalen decian al sínodo de Rusia: « Os aconsejamos fraternalmente no entrar en discusion sobre puntos doctrinales de nuestra fe ortodoxa con los Ingleses (B). »

¿ Y qué hace el catolicismo en el foco de aquel fanatismo, en el lugar mismo en que se realizaron los sucesos de Focio y de sus sucesores en el cisma? El catolicismo que armado de la virtud del Cielo nada sabe temer jamas, en Constantinopla, centro del cisma, como en todos los demas países sometidos al influjo de sus disidentes, derrama sus principios y desarrolla su accion, siempre fecunda, con esa serenidad imperturbable, documento cierto de su divinidad. Yo he visto con emocion celebrarse con toda la pompa del culto católico los divinos oficios en la catedral del Espíritu Santo, he ovist

(1) 1723.

predicar con libertad en los templos que tienen establecidos los Dominicanos, los Conventuales, los Capuchinos, los Recoletos, los Padres de Tierra Santa y los Lazaristas, y he visto á los religiosos de estas mismas comunidades atravesar las calles de la ciudad vestidos de su hábito, sin ser molestados con la mas lijera muestra de descortesía por los Turcos. Pero espectáculo todavía mas bello ofreció al mundo entero la procesion del *Córpus Christi* recorriendo las calles de Pera (1), magníficamente decoradas, y seguida por una guardia de honor otomana, que le hacia los mismos honores que pudieran haberle rendido batallones compuestos de soldados católicos; mas bello, repetimos, es oír retumbar en las colinas de Stamboul el sonido de las campanas que llaman á los cristianos á los oficios de sus templos, con la misma libertad que los gritos del mueslin convidan á los creyentes de Mahoma á reunirse en sus mezquitas. La solemnidad imponente del culto católico atrae á los templos una multitud de disidentes que contemplan atónitos unida la grave majestad de las ceremonias á las bellas armonías del órgano y de los cánticos sagrados; y no son los cismáticos tan solo los que acuden, tambien los Turcos quedan absortos largo rato, mirando desde el atrio lo que pasa en el interior. Ocho iglesias del rito católico latino están abiertas en Constantinopla, y el número de individuos de esta comunión se estima en el de veinte mil, sin contar los transeuntes (C). El obispo latino tiene ademas bajo su jurisdiccion los católicos griegos, caldeos, sirios y maronitas, que poseen sus templos separados y con sacerdotes que celebran los oficios con el rito de su comunión.

Los católicos armenios están regidos por un obispo nombrado por el Papa, y á quien el sultan llama *patriarca*, y reconoce en el mismo rango que á los patriarcas de las comuniones disidentes, aunque no tenga bajo su jurisdiccion mas que diez y ocho mil personas. Los católicos arme-

(1) Barrio de Constantinopla en que se encuentra la catedral latina.

nios están diseminados por todas las provincias limitrofes á Constantinopla, y poseen iglesias de su rito en todas las ciudades; mas no sucede así con los del rito latino, que no las tienen sino en Salónica, en Bujukdere y en otros pueblos de ménos importancia.

Hace honor al catolicismo la multitud de establecimientos de beneficencia que sostiene en el seno del islamismo y en el centro de acción del cisma griego, su enemigo capital. Las Hermanas de la caridad poseen dos grandes hospitales: el verdaderamente magnífico de Gálata, construido en su mayor parte á expensas de una señora francesa que, despues de destinar su pingüe fortuna á esta obra, consagró tambien en ella su persona al servicio de los pobres, contiene cerca de trescientos enfermos, y mas de doscientos el de Pera. ¡Qué espectáculo tan edificante ofrecen estas religiosas curando con sus propias manos las llagas repugnantes de los enfermos, sea cual fuere la religion ó el culto á que pertenezcan! Una multitud de Turcos, Israelitas y Cristianos invade cada dia sus dispensariás, y ellas con paciencia inalterable á todos oyen, á todos consuelan y á todos sirven con solicitud y ternura maternal. No lo es ménos el que presentan las dos escuelas en que religiosas del mismo instituto educan cerca de ochocientas niñas, el bello establecimiento en que los Hermanos de las escuelas cristianas instruyen en las primeras letras cuatrocientos muchachos, y los colegios de S. Benedicto y de Bebek, en que los Lazaristas enseñan cerca de seiscientos jóvenes. Tal ha sido la conducta constante de las congregaciones católicas, derramar en todas partes la fe y la civilizacón con fervor y abnegación, que formarán por sí eternamente su mejor elogio. La educacón de los pobres ocupa con particularidad el cuidado de estos institutos, de tal modo que nadie podrá con justicia atribuir á especulacón los esfuerzos de su celo desde que ningun individuo deja de ser instruido por falta de dinero. Los Lazaristas poseen una imprenta que les proporciona todos los libros necesarios para

sus establecimientos. Los Turcos empiezan á conocer el mérito del catolicismo, que produce tan útiles establecimientos : profesan á las religiosas una veneracion profunda, y algunos han preferido para sus hijos los colegios de los Lazaristas sobre la enseñanza de sus ulemas, cuyos defectos no pueden ocultárseles. No pueden gloriarse de haber obtenido iguales resultados los ministros anglicanos y los metodistas de Norte-América establecidos en Constantinopla : á pesar que su número es muy considerable, y grande la cantidad de Biblias distribuidas en el pueblo, el de sus prosélitos hasta hoy no es conocido. Estos ministros venidos al Levante desde tierras tan remotas, no dejan por eso de lograr otro fruto de sus trabajos, y mas positivo para ellos por cierto que el de convertir almas, son las gruesas cantidades que les dan como paga las Sociedades bíblicas que los envian.



CAPÍTULO V.

Gallipoli. — La Romelia. — Adrianópolis. — Extension que toma la mision católica de Sofía con la libertad de que goza. — Comparacion. — Nuevos excesos de fanatismo que se dejan ver á cada paso. — ¿Á qué están hoy reducidos los establecimientos del monte Áthos? — Atrinchamientos de la rebelion. — Salónica. — La Grecia. — Sensacion profunda que producen los monumentos de Atenas. — Prision de Sócrates. — La cruz del Areopago. — El Parthenon y el templo de Teseo consagrados al culto cristiano. — ¿Por qué no lo están hoy? — Grandes columnas de Júpiter Olimpo. — El templo de Baco. — Analogía. — Lámpara solitaria.

La fisonomía del interior de la Turquía europea es casi siempre uniforme : vastos territorios incultos, pueblos miserables, mezquitas y sucios cementerios son el espectáculo ordinario que ofrecen á la consideracion del viajero aquellos países, donde tan risueños paraísos figurara la mitología de los paganos y la imaginacion ardiente de los poetas. Gallipoli y la Romelia, tan florecientes bajo el imperio del Oriente, no presentan hoy sino ruinas y vastas soledades, donde el alma mil motivos encuentra para entregarse á la meditacion de la inconstancia de las cosas humanas. Esos campos presenciaron sucesivamente la victoria de la Cruz sobre el paganismo romano, y la ruina del imperio cristiano vencido y conquistado por la potencia otomana. Adrianópolis, la mayor de las ciudades de la Romelia, donde tantos bellos monumentos de la grandeza y esplendor de los Romanos se conservan aun, deja ver convertidas en mezquitas las soberbias iglesias dedicadas á Cristo por el fervor de sus adorados.